que tiene á gloria el haber producido hijo como tú» (1).

. . . . . .

Aterrado Boves, manda tocar inmediatamente á retirada y se vuelve á las alturas, dejando 800 hombres tendidos en el campo de batalla. Al cabo de dos días abandonó sus posiciones.

(1) MONTALVO: *Siete Tratados.*

VII

EL AÑO TERRIBLE

(1814)

La causa de la Independencia tuvo períodos de terrible prueba, durante los cuales caía estrepitosa y sangrientamente el edificio no bien construído, inutilizándose los penosos esfuerzos llevados á cabo para levantarlo, y haciendo necesario un nuevo trabajo, acaso más duro que el anterior. Tormento de Sísifo: cargar la piedra poderosa á la lejana cumbre, llegar á ella entre agonías de muerte, y ver rodar la piedra, y volver á la misma obra.

Entre esos períodos ninguno tal vez tan triste y doloroso como el infausto año de 1814, en el que la Libertad fué vencida en todo el Continente Americano...

Pues si en Nueva Granada desaparecía el ejército del Sur y terminaba de modo trágico la primera parte de la carrera militar y política del ilustre general don Antonio Nariño; ardía Cartagena en facciones; la República estaba dividida por civil discordia con un Congreso en Tunja y un dictador en Santa Fe; y era necesario derramar sangre hermana para reducir á la

Unión la rebelde Cundinamarca, y se perdía la escuadra tan penosamente conseguida, y había odio á la libertad en pechos americanos, y el fanatismo excomulgaba á los caudillos de la República, y el desconcierto era grande, y el Gobierno débil, y la situación penosa; si O'Higgins, el prócer chileno, era derrotado por Osorio en el funesto campo de Rancagua, cayendo la República aplastada bajo los pies de bandidos como Bruno San Vicente y otros peores asesinos; si Morelos y Matamoros sucumbían en México ante la fortuna del bárbaro Calleja; si Quito, después de un enorme sacrificio y de una guerra desgraciada, agonizaba en manos del presidente Montes; si el Perú yacía como en la paz de los sepulcros,—en parte alguna se extremó tanto la adversidad como en la infeliz Venezuela.

Por más que los triunfos de Bolívar en 1813 hubiesen alegrado los ánimos de los independientes y dádoles valor y confianza para los combates y tormentas que se preveían en días no lejanos, la situación estaba bien lejos de ser consoladora al comenzar 1814.

Boves, Morales, Yáñez, Rosete, Puy, Calzada y otros hombres que se hicieron famosos en los anales de la ferocidad humana, tenían ocupado casi todo el país con aquellas hordas á caballo, que entraban en las poblaciones, las saqueaban, asesinaban á sus habitantes, y por último las incendiaban.

Y esas hordas eran innumerables, en tanto que los ejércitos de la República se reducían á míseras divisiones que operaban á grandes distancias unas de otras, sin esperanza de auxiliarse, y ardiendo en ellas las sordas rivalidades y mezquinas envidias de muchos jefes...

Y principió el año con un desastre: el republicano Campo-Elías se deja derrotar por Boves en la Puerta. Casi toda la infantería patriota queda en el campo de batalla, destrozada al cabo de dos escasas horas de combatir contra la formidable caballería de los Llanos, pudiendo salvarse apenas Campo-Elías y unos pocos oficiales y soldados.

Si se triunfa en las inmediaciones de Caracas, mediante el arrojo de Ribas y sus compañeros, se pierde Barinas, se pierde Ospino y se sufren los degüellos de la Sabana de Ocumare.

Bolívar ejecuta—¡bárbara necesidad de un tiempo de odios y de crímenes!—860 españoles y canarios que tenía presos en Caracas y la Guaira, pero la implacable saña española había hecho 10.000 víctimas desde 1813...

San Mateo es una prueba admirable de valor y de constancia, y á su recuerdo va unido el del inmortal sacrificio de Ricaurte; pero San Mateo cuesta al pequeño ejército de Bolívar 200 oficiales, 1.500 soldados y el parque.

Si se triunfa del malvado Rosete y se gana la acción de Bocachica, Barquisimeto es saqueada, saqueado San Carlos, despedazados los patriotas en Arao, y reducida á cenizas gran parte de la todavía inexpugnable Valencia.

¡Y cuánto horror! ¡Cuántos crímenes!

Robos, incendios, estupros, violaciones, asesinatos innumerables, hasta en el recinto consagrado de las iglesias, donde—como en Ocumare, en San Carlos, en Aragua—lloran su afrenta las doncellas y las esposas, y caen al pie de los altares benditos centenares y millares de víctimas indefensas...

La tierra es un erial, pues la guerra ha matado la agricultura: el hambre apura; los soldados de la Patria comen carne de asno; en las poblaciones reina la más espantosa miseria; la plata, el oro, las joyas, de particulares y de iglesias, son tomados por los beligerantes...

Y reina la *guerra á muerte*, en mala hora declarada el año anterior. A nadie se da cuartel; los rendidos son ultimados; el asesinato ha venido á ser una costumbre bárbara, y el tormento precede muchas veces á la matanza... ¡El país entero es testigo de una inmensa carnicería!...

¡Qué época maldita! ¡Qué calamidades!...

«Mi espíritu se conmueve—exclamaba el virtuoso arzobispo Coll y Prat, refiriéndose á estos horrores—, y mi alma no puede soportar el peso de tantos males. El hurto, la rapiña, el saqueo, los homicidios y asesinatos, los incendios y devastaciones; la virgen estuprada, el llanto de la viuda y del huérfano; el padre armado contra el hijo, la nuera en riña con la suegra, y cada uno buscando á su hermano para matarle; los feligreses emigrados, los párrocos fugitivos; los cadáveres tendidos en los caminos públicos; esos montones de huesos que cubren los campos de batalla, y tanta sangre derramada en el suelo americano: todo esto está en mi corazón.»

Y el general Rafael Urdaneta, después del desastre total, decía desde Trujillo al Congreso de la Unión granadina, país al cual llevó, á través de congojas sin cuento, los míseros restos del ejército venezolano:

«De aquí para adelante (hacia Valencia) son tantos los ladrones cuantos habitantes tiene Venezuela. Los pueblos se oponen á su bien; el soldado republicano es

mirado con horror, no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro; voluntariamente se reunen en los campos á hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas, y sus habitantes se van á los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas tal vez á buscar el alimento, es sacrificado. El país no presenta sino la imagen de la desolación. Las poblaciones incendiadas, los campos incultos, cadáveres por dondequiera, y el resto de los hombres reunidos por todas partes para destruir al patriota.»

¿Que en este cuadro puede haber alguna exageración? Pues el realista Oropesa, asesor de la Intendencia de Venezuela, escribía en aquellos mismos meses, entre otras cosas, lo siguiente:

«No hay provincias; las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas unas á centenares, otras á decenas y de otras no quedan más que los vestigios de que allí vivieron racionales... Yo he quedado sorprendido al ver los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, abrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria, y tal vez sin más delito que haber tenido una rica fortuna de que vivir honradamente. La agricultura enteramente abandonada, y así es que ya no se encuentra en las ciudades ni granos ni frutos de primera necesidad. En una palabra, he visto los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios. No se puede decir más ni yo me atrevo á referirle lo más que he visto y que he llorado...»

¿No es verdad que parece nos referimos á una época

lejana, á aquellos tiempos famosos de las grandes invasiones de los bárbaros que destruyeron el poder romano?

¿Es Alarico que destruye Roma? ¿Es Atila que viene empujado por un soplo de venganza divina desde el desierto helado?...

¡Y qué breves consuelos para los que sostenían el pabellón de la República en medio de tanta desolación!

El 17 de Mayo se gana la célebre batalla de Carabobo, último chispazo de gloria en ese periodo nefasto; pero el 14 del mes siguiente pierden por completo los republicanos el terrible combate de la Puerta, donde meses antes ese mismo Boves destrozara la división de Campo-Elías...

¡Y qué funestas fueron las consecuencias de aquella derrota!

Bolívar huye con los restos de su ejército, y salen tras él los míseros habitantes de Caracas, en la más lastimosa de las emigraciones.

Ancianos que no pueden bajo el peso de sus años, niños á quienes sonríe aún el ángel de la infancia, adolescentes, imberbes, jóvenes antes esperanza de esa Patria que acaba de morir al golpe de la lanza de un bandido; tiernas doncellas, madres con sus hijos colgados del exhausto seno, matronas respetables... ¡cuántos infelices!... En larga hilera siguen á los últimos defensores de la Libertad, á pie, por senderos fragosos, por caminos sin camino, cargados los más de aquello que reputaran lo precioso de su hacienda... Muchos no pueden; vacila su planta ensangrentada, y caen para no levantarse más en esa vía dolorosa, interminable.

¿Tienen hambre? ¿Sed? ¿Frío?

¡Enhorabuena que la tengan! No hay pan, no hay agua, no hay vestidos, una mala choza que les abrigue ni un corazón misericordioso que les compadezca... Y mueren de hambre, y mueren de frío, y mueren de desamparo, por docenas, por centenares...

¿Qué nube aparece por el horizonte, como un punto negro que se adelanta á manera de viento huracanado?

¡Son los llaneros, los bandidos implacables! Y, á pesar de los esfuerzos de los soldados que la defienden, una vez y otra la procesión de espectros escuálidos que se arrastran por los caminos, es perseguida, lanceada, degollada...

¿Cuándo se vió escena semejante en las tragedias humanas?

¡Y venturosos todavía los que huyen, como un inmenso rebaño perseguido por los lobos! Aquellos que se quedaron en la abandonada Caracas no tienen ni aún la esperanza de salvar su vida en alguna selva oscura, en la cima de algún árbol ó en el fondo inextricable de los barrancos... ¡Todos son pasados al filo de la espada! Juan Nepomuceno Quero merece pasar á los siglos venideros atado por la historia á la misma picota que Antoñanzas, Morales, Rosete y Boves...

Y Valencia se entrega, y sus habitantes son degollados (10 de Julio), y siguen escenas horrorosas después de la acción de Aragua, perdida por Bolívar (18 de Agosto), y rivalidades tanto más incomprensibles cuanto los días eran más azarosos, llevan su injusticia hasta encender la discordia en el campo de los perseguidos por contraria fortuna; y Bolívar es expulsado por sus mismos tenientes del suelo de la Patria...

Después la angustia llega á su colmo, y se efectúa el gran desastre.

Pues si Bermúdez gana la acción de Maturín, Urdaneta pierde la de Mucuchíes; y se pierden sucesivamente las de Sabana del Salado (17 de Octubre), Corosillos (9 de Noviembre), Soledad (4 de Diciembre), Urica (5 de Diciembre), y el 11 del mismo mes, Maturín cae en poder del enemigo, y sus habitantes son degollados, como lo fueron siete días antes los del pueblo de Santa Ana, tras del combate de Soledad, porque en esta guerra todo encuentro desfavorable á los patriotas era seguido de alguna atrocidad que los realistas perpetraban en las poblaciones indefensas.

¿Qué queda por referir?

Una sombra de autoridad, el nombre de un poder sobre elementos vencidos y dispersos le quedaba al general Ribas, que por dos veces librara Caracas de las amenazas de Rosete y de Morales; y no terminó el año infausto sin que el general Ribas fuese vendido por un negro y cobardemente asesinado, prófugo y solo como le encontraron.

¿Qué le quedaba á la causa de la Libertad?

Le quedaba Bolívar.

Pero Bolívar fué á padecer nuevas amarguras en Cartagena, por la malevolencia de sus enemigos y la criminal inepcia de sus rivales, que preferían el desastre ante el adversario á dar obediencia á las órdenes del Congreso Granadino poniendo á disposición del Libertador los elementos indispensables para defender y salvar la Nación.

Y abandonado y negado por todos, odiado y calumniado, pocos días después dejaba aquel hombre singular las playas cartageneras, haciendo rumbo á Jamaica.

Con él se llevaba el Genio de la Patria...

En esos mismos días estaba á punto de zarpar de Cádiz la expedición pacificadora de D. Pablo Morillo, que presto debía reducir nuevamente á la obediencia á España el palmo de tierra que aun les quedaba á los americanos independientes.

¿Cuándo más desesperada la situación?

¡Sin embargo, nueve años después, la América entera sería libre!

¡Maldito año, año terrible el de 1814!

VIII

EL NEGRO PÍO

(1815)

El cuarto está en tinieblas.

Reina en él la quietud del silencio, turbado apenas por la ligera respiración de dos hombres que duermen pacíficamente, el uno en el modesto lecho de la habitación y el otro en la hamaca.

Afuera se descuelga una lluvia torrencial, de esas tropicales en que el agua cae á chorros espesos, durante días enteros, porfiada, incesantemente.

En lo alto rimbomban los truenos; cruzan el espacio millares de relámpagos, estalla el rayo.

La ciudad yace á obscuras...

Estamos en Kingston, capital de la isla de Jamaica, y es el 9 de Diciembre de 1815.

Todo reposa en paz en la población... ¡Bendita sea la paz!...

De pronto, por los negros corredores de la casa aquella avanza con cautela un bulto. Sus pasos no resuenan en el pavimento, sus manos se apoyan en las paredes, su aliento está como contenido.

Son las diez y media de la noche...

El bulto llega á la puerta del cuarto donde los hombres duermen. Está sólo entornada. La entreabre con precaución exquisita para que no haga ruido y se desliza adentro.

Ahoga la respiración, y palpando en la sombra, procura orientarse para no tropezar con algún mueble.

Es diestro conocedor del lugar, sin duda alguna, porque su vacilación dura un instante.

Se dirige, de puntillas, á la hamaca y tantea una de las cuerdas que la sostienen, para cerciorarse, por el peso, si alguien duerme en ella.

Luego desenvaina un puñal, y adelanta un paso.

El hombre de la hamaca no despierta: su respiración es igual y tranquila.

El bulto se inclina sobre él, le ase bruscamente por la ropa y le tira un puñalada en el cuello.

La víctima da un alarido terrible, se incorpora á medias bajo la férrea mano que la oprime, y adivina más que reconoce, á su enemigo al través de la obscuridad y el terror.

—¡Páez! ¡Páez! —grita con todas sus fuerzas—. ¡El negro me asesina!

No tiene tiempo para más.

El negro alza otra vez el brazo, y le entierra el puñal en el corazón.

Luego, procura escaparse.

Pero el grito supremo del asesinado de tan infame manera, ha puesto en pie al llamado Páez, que le persigue dando grandes voces.

El negro, armado como está, no piensa siquiera en defenderse. Tiembla, se aturde, pierde la cabeza, y todo su afán es correr y ponerse en salvo.

Pero el tumulto ha despertado á los demás moradores de la casa, quienes se echan fuera, é informados instantáneamente de lo que sucede, se arrojan en persecución del malvado.

—¡El negro Pío!... ¡El negro Pío!... ¡él es! ¡él es!...

A estos clamores, á este ruido insólito acuden los agentes del orden público, y en breve es hallado y aprehendido el malhechor.

¡Aun tenía en la diestra el puñal ensangrentado!

Anhelante está por la agitación de su loca carrera; los ojos sanguinolentos quieren saltársele de las órbitas y brilla feroz su blanca dentadura...

¿Quién era este negro infame? ¿Quién la desventurada víctima y por qué se la había matado?

Bolívar había abandonado voluntariamente las playas colombianas el 9 de Mayo del citado año de 1815, cediendo no tanto á la fuerza arrolladora de la expedición del general Pablo Morillo, cuanto á la envidia y al odio de sus mismos conmilitones y compatriotas, que se desgarraban entre sí en míseras rivalidades, cuando más indispensable era la unión incondicional para resistir al gran torrente que les estaba anegando.

Se dirigió á Jamaica, y se estableció en Kingston.

Iban con él su secretario privado Briceño Méndez, su primer edecán Kent y los dos hermanos Carabaños.

Algunos días después emigraron, con la misma dirección, otros oficiales patriotas, entre los cuales se contaba el teniente coronel Páez, que había sido su edecán.

Una vez en Jamaica, lleno siempre Bolívar de su

pensamiento libertador, dióse á buscar amigos y protectores para la independencia de su patria, y á publicar en los periódicos escritos en los que exponía con valor y talento la justicia del movimiento revolucionario y la verdad de los acontecimientos. Esta última labor era muy urgente, porque los enemigos de la emancipación americana propalaban en el extranjero mentiras y calumnias con el objeto de concitar antipatías contra la mencionada causa.

Por lo demás, parecía locura que el Libertador soñase siquiera en proyectos de nuevas expediciones y quisiese interesar en ellos á gentes extrañas en el momento preciso en que más desesperados que nunca se presentaban los sucesos de la Revolución. Nada resistió ante los diez mil veteranos de Morillo, que acababan de humillar en España el enorme poderío de Napoleón el Grande. Los ejércitos republicanos se habían vuelto humo; los elementos de guerra estaban en poder del *pacificador;* Venezuela, Nueva Granada, Quito, yacían sometidas; se levantaba ya el cadalso para los americanos que se atrevieron á procurarse la independencia; todo era una ruina, todo era una desesperación.

Sin embargo, Bolívar soñaba en Jamaica—¡sueño profético el suyo, ciertamente!—con la realización gloriosa de los destinos del Nuevo Mundo, desarrollando vastos planes en una carta famosa dirigida en Agosto de ese año á un caballero de aquella isla:—¡y estaba solo! ¡y estaba pobre! ¡y estaba expatriado...—«Veía á Colombia emancipada—dice uno de sus historiadores—, á Chile constituído, á México, al Perú libertado, al Istmo de Panamá hecho el centro de las comunicaciones y de la actividad de la industria

humana; veía la América del Sur dividida en nacionalidades poderosas, habiendo pasado de la esclavitud á la lucha y á la conquista de la propia dignidad, y de los tiempos de la espada á los de la civilización política y de las constituciones del poder: entidades considerables en la estadística del mundo por sus productos, por su comercio, por su ciencia, por sus guerras, por sus alianzas, por sus leyes, por sus gobiernos libres... con nombres propios, con historias famosas, con virtudes excelsas y esperanzas inmortales» (1).

Sus contemporáneos pudieron reirse de estas que parecían quimeras de un calenturiento: pudieron llamarle loco, porque estaban viendo los sucesos; pero hoy ¿quién se ríe? ¿quién es el loco?...

No se entretenía tan sólo en la propagación de estas ideas el Libertador. Inquieto y activo, llamaba á todas las puertas en solicitud de auxilio, para recomenzar la lucha, y cuando ya el desaliento iba quizás entristeciendo su alma, porque, en fin, hombre era y la debilidad es don común de los humanos, halló—¿quién lo creyera?—un hombre generoso, un noble extranjero (era natural de Curaçao, colonia holandesa no muy distante de Venezuela), que no vaciló en sacrificar—porque sacrificio era en esos momentos—su posición, fortuna, porvenir, en aras de la independencia colombiana. Era rico: tenía barcos, tenía cañones, fusiles, pertrechos, y todo se lo dió á Colombia. Se llamaba Luis Brión: este nombre se hizo justamente célebre en la historia de la liberación de Colombia.

Organizada la expedición, iba á zarpar de un día á otro.

---

(1) LARRAZÁBAL

Bolívar no sospechaba que en esos mismos momentos estaba cerniéndose sobre él una tempestad en cuyo seno fulguraba con resplandores rojizos el puñal del asesino.

Tenía el Libertador un criado de color, llamado Pío, antiguo esclavo á quien había manumitido.

Contra aquel negro que puso á su servicio personal ninguna queja tenía que alegar: por bueno le había escogido y por bueno le conservaba á su lado.

Dicen que D. Salvador Moxó, entonces gobernador y capitán general de Caracas, anduvo en este criminal enredo, como inspirador, ordenador y pagador, y que envió á Kingston un español y un americano realista con la misión de asesinar al jefe republicano, que, así desterrado y todo, como estaba, era aún motivo de temor para sus contrarios. No es cosa demostrada; pero dada la calamidad de la época y la inmoralidad de los caudillos y autoridades españoles, tampoco es increíble.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que corrompieron al desdichado negro ofreciéndole dos mil pesos por el asesinato de su amo.

Este hubiera perecido irremediablemente, si su destino, que para mayores cosas le tenía reservado, no lo hubiese impedido por medio de una casualidad.

Vivía el héroe colombiano en junta de otros emigrados; algo estrecho é incómodo en las apreturas de una convivencia que le quitaba parte de su libertad individual.

Quiso estar mejor, y, acompañado de su secretario,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

íntimo Briceño Méndez, se puso á buscar otro alojamiento.

No le costó mucho trabajo hallarlo como él lo deseaba.

Una criolla francesa llamada madama Julienne le ofreció una sala y una alcoba en su casa, oferta que fué aceptada.

Cerrado el trato, se despedían ya el Libertador y su compañero, con la promesa de volver al día siguiente con su equipaje é instalarse en las habitaciones que acaban de alquilar, cuando cayó la copiosa lluvia á que hicimos referencia en el principio de este episodio.

Se detuvieron. No era cosa de salir á esas horas—ya había cerrado la noche—y con semejante aguacero.

Pasaba el tiempo y la lluvia era cada vez más copiosa. Situación comprometida.

—Puesto que me ha alquilado el cuarto—dijo bondadosamente madama Julienne á su nuevo inquilino—quédese, señor, y así tomará posesión de él desde esta misma noche.

No había más remedio que acceder á la invitación, y Bolívar se quedó.

Su salvación consistió en un acto tan sencillo.

Las dos noches anteriores había dormido el grande hombre en el cuarto de aquel oficial Páez á quien arriba nombramos. Como en la que nos estamos refiriendo no regresaba y se hacía ya tarde, ocupó su lugar otro emigrado, D. Félix Amestoy; y él fué la víctima en la escena descrita.

Al día siguiente, Bolívar hizo insertar en todos los periódicos el artículo que va á leerse:

«Dos mil pesos se han ofrecido por algunos españoles para asesinar á su amo, el general Simón Bolívar.

Pudo más en el criado la tentación del oro que el deber de la fidelidad.—El preso no ha revelado hasta ahora los nombres de los que le corrompieron.—El general Bolívar había dejado su alojamiento por algunos días y colocado entretanto sus baúles y equipaje en el cuarto del teniente coronel Páez, que había sido su edecán. El general durmió una ó dos noches en la hamaca de Páez; y el asesino esperaba que durmiese la tercera.—Apagadas las velas, el negro, que debía cumplir la maldad á que le habían inducido, vino á la hamaca, y hallándola ocupada, dió una puñalada al que allí estaba, creyendo que era su víctima. Cuando el infeliz se movió, el negro le dió una segunda herida mortal en el costado, que causó instantáneamente la muerte.

»Es esta la tercera vez que la vida del general Bolívar ha sido atacada por los españoles más bajos y criminales; y en todas ocasiones ha escapado milagrosamente.

»El desgraciado Amestoy, comisario, era un hombre de excelente educación y de maneras cultas é inofensivas. Al día siguiente de su muerte debía salir para Santo Domingo.»

Condenado á muerte, Pío fué ahorcado el 23 de Diciembre en la plaza pública de Kingston, y su cabeza, puesta en un palo, se colocó en un lugar donde todos pudiesen verla.

Algunos días después de esta aventura, el Libertador se embarcaba en la goleta de guerra *Popa* con rumbo á las riberas de la Patria.

Con él iba la fortuna de Colombia.